

rable del gobierno que trajeron sobre sus hombros, y lo dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandásteis que fuese y le llamásteis, y por haberle descargado de tan gran carga, y quitado tan gran trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo. . . . ¿Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¿Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan carga de la gente baja por los barrios? ¿Quién mandará tocar el atambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¡Señor nuestro y amparador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir, y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á costas la carga pesada del régimen de la república, regocije y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo, poniéndole en su regazo. . . . ¡O señor nuestro humanísimo! dad lumbré y resplandor de vuestra mano á este reino! . . . Hágase como V. M. fuere servido en todo, y por todo" (2).

Recayó la eleccion en Quauhtemotzin ó Guatemotzin, como eufónicamente lo corrompieron los españoles (3). Era sobrino de los dos últimos monarcas, y estaba casado con su prima la hermosa princesa Tecuichpo, hija de Montezuma. „Contaba solo veinte y cinco años, y tenia una figura elegante para ser indio," dice uno que le vió muchas veces; „era valiente, y tan terrible, que sus súbditos temblaban en su presencia" (4). No rehusó el peligroso puesto que se le ofrecía, y como vió prepararse la negra tempestad se dispuso salirle al encuentro varonilmente. Aunque jóven era muy experimentado en la guerra, y se habia distinguido sobre los demas en los combates sangrientos de la capital. Alimentaba una especie de odio religioso contra los españoles, semejante al que se dice que profesaba Annibal, y que ciertamente demostró profesar á los romanos.

Por sus espías sabia Guatemotzin los movimientos de los españoles, y su pro-

(2) Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 6, cap. 5. (a)

(3) Parece que los españoles cambiaban el *Qua* con que comenzaban los nombres aztecas en *Gua*, de la misma manera que en la madre patria se mudaba el *Wad* de los nombres arábigos en *Guad*. (Véase á Condé, El Nubiense, descripcion de España, notas, passim.) El *Tzin* azteca se añadía á los nombres de los soberanos y grandes señores como una señal de respeto. Así á Cuitlahua, se llamaba Cuitlahuatzin. Esta terminacion que ordinariamente suprimian los españoles se ha conservado por accidente, ó tal vez por razon de eufonia, en el nombre de Guatemotzin.

(4) „Mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa muger para ser india." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 130.

(a) Este discurso está copiado aquí del original del P. Sahagun y no de la traduccion que hizo de él el Sr. Prescott.



Montejo

yecto de sitiar la capital. Preparóse para esto haciendo salir de ella la parte inútil de la población, y llamando en su auxilio á sus poderosos vasallos convecinos. Siguió el plan concebido por su predecesor para fortificar la ciudad. Revistó sus tropas: las estimuló á sobresalir en sus ejercicios militares, ofreciéndoles premios; y arengó á los soldados con el fin de excitar en ellos el deseo de oponer una resistencia desesperada. Invitó á todos sus súbditos á que hiciesen la guerra á los hombres blancos donde quiera que los encontrasen, poniendo precio á su cabeza, y tambien á las personas de los que le fuesen llevados vivos á Méjico (5). Muchas veces encontraron los españoles en los lugares conquistados, suspensos de los muros del templo, los miembros y armaduras de aquellos de sus desgraciados compañeros que habian caído prisioneros y que se habian enviado á la capital para ser sacrificados (6). Tal era el jóven monarca llamado á ocupar el trono de los aztecas, digno por su magnanimidad y valor de empuñar el cetro de México en la época mas floreciente de su gloria, puesto que en la de luto y de desgracia se determinó como un príncipe patriota á revivir su moribunda fortuna, ó á perecer valerosamente con él (7).

Pero es ya tiempo de volver á hablar de los españoles, á quienes dejamos en Tlascalá preparándose para emprender su marcha á Méjico. Tuvo el general la satisfaccion de ver á sus tropas medianamente equipadas, aunque de diversas maneras, segun la condicion de los diferentes refuerzos que habian ido llegando; pero todo el ejército superior sí á aquel con que invadió el país por la primera vez. Componíase su fuerza de poco menos de seiscientos hombres, de los cuales, cuarenta eran de caballería, y ochenta arcabuceros ó ballesteros. El resto estaba armado de espada y rodela, y con las picas de puntas de cobre hechas en Chinantla. Tenia ademas nueve cañones de mediano calibre, y suficiente cantidad de pólvora (8).

(5) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.

(6) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 134.

(7) Esto recuerda la hermosa invocacion que Racine pone en boca de Joad.

„Venez, cher rejetón d'une vaillante race,
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace;
Venez da diadème à leurs yeux vous couvrir,
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.”

ATHALIAE. acte 4. scène 5.

..... Ven amado
Renuevo de un linaje valeroso.
Llena á tus defensores de un esfuerzo
Extraordinario. Ven, ven á ceñirte
La sagrada diadema; y si forzoso
Que tu hayas de morir ahora fuere,
Como rey á lo menos, Joas, muere.

Traduccion de D. Eugenio de Llaguno y Amiroja.—(Madrid 1754.)

(8) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 183.

Ya que estaban las tropas en orden de marcha, recorrió Cortés sus filas exhortando á los soldados, como lo hacia siempre en tales casos, á mostrarse dignos de sí mismos, y de la grandiosa empresa que habian ya principiado. Dijoles que iban á combatir con unos rebeldes que habian jurado obediencia al soberano español (9); con bárbaros, enemigos de su religion santa. Iban á pelear en defensa de la cruz y de la corona: para lavar la mancha que obscurecia sus armas; para vengar sus agravios, y la muerte de sus caros compatriotas, que habian espirado en los campos de batalla, y en los cruentos altares del sacrificio. Nunca se habia visto guerra que presentara mayores incentivos al caballero cristiano; guerra que le ofrecia riquezas y renombre en esta vida, y en la otra una gloria eterna (10).

Así tocó el hábil general en el corazon de su marcial auditorio los resortes secretos de la devocion, el honor y la ambicion, excitando el valor de los mas tímidos antes de conducirlos al peligro. Contestaron con ruidosas aclamaciones que estaban prontos á morir en defensa de la fe, y á conquistar el pais ó sepultarse con sus compañeros en las saladas aguas de Tezcuco.

Pasó tambien revista al ejército aliado, que con variedad lo regulan los escritores desde 110 hasta 150.000 hombres. La notoria exageracion de estos cálculos, así como la diversidad de ellos, dan á conocer la poca fe que merecen tales cómputos. Pero sí es cierto que era muy numeroso, pues lo componian no solo la flor de los guerreros aztecas, sino la de los de Cholula, Tepeaca y las provincias inmediatas, que habian sometido á la corona de Castilla (11).

Iban armados segun la costumbre india, de arcs, flechas, del vidrioso *maquahuitl* y de largas picas, cuya formidable arma, segun se ha dicho, introdujo Cortés en sus mismos soldados. Estaban divididos en batallones, cada uno con su bandera, en la cual se ostentaba su escudo de armas ó emblema particular. Marchaban en la vanguardia los cuatro gefes principales de la república, tres de los cuales eran respetables por sus canas; y las insignias de que iban cubiertos, daban una prueba de sus muchos y gloriosos hechos de armas. Ondeaba sobre sus cascos un penacho de ricas plumas de diversos colores, adornado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Llevaban cubierto el *escaupil* ó doble peto de algodón con una graciosa túnica de plumaje, y calzados sus piés con sandalias de

La mayor parte, si no todos los escritores, cosa rara, están acordes en este cálculo de las fuerzas españolas.

(9) „Y como sin causa ninguna todos los naturales de Colúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitan, y los de todas las otras provincias á ellas sujetas, no solamente se habian *rebelado* contra vuestra magestad.” *Ibid.*, ubi supra.

(10) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 184.

„Porque demas del premio, que les daría en el cielo, se les seguirian en este mundo grandísima honra, riquezas inestimables.” *Ixtlilxochitl*. Hist. chich., MS., cap. 91.

(11) „Cosa muy de ver,” dice Sahagun, sin atreverse á fijar el número, „en la cantidad y en los aparejos que llevaban.” Hist. de Nueva España, lib. 12, cap. 30. MS.

oro. Seguianles cuatro pajes que llevaban sus armas, y luego otros cuatro que portaban otros tantos estandartes en que iban blasonados los escudos de armas de las cuatro grandes divisiones de la república (12). Los tlascaltecas, aunque sóbrios en extremo, y sencillos en su modo de vivir, gustaban de la pompa militar tanto como cualquiera otra de las tribus que poblaban el Anáhuac. Al desfilar delante de Cortés, le saludaron agitando sus banderas y tocando sus discordantes instrumentos bélicos, á lo cual contestaba el general descubriéndose cortesmente la cabeza conforme iban pasando (13). Los guerreros tlascaltecas y especialmente su comandante el jóven Xicotencatl, afectaban imitar á sus maestros los europeos, no solo en su táctica, sino en las ceremonias menos importantes de la etiqueta militar.

Cortés por medio de la intérprete Marina, dirigió una corta alocucion á los aliados. Recordóles que iban á pelear contra sus inveterados enemigos, y exhortóles á que le ayudasen de un modo digno de su afamada república. A los que se quedaban, les encargó contribuyeran á la pronta conclusion de los bergantines, de lo que tanto dependia el feliz éxito de la empresa; y exigió no siguiese sus banderas, ninguno que no estuviera resuelto á acompañarle hasta la completa sujecion de la capital (14). Contestaron los indios con aclamaciones, ó mejor dicho, con gritos terribles, que probaban el placer que sentian al ver acercarse el momento de vengar sus multiplicados agravios, y de humillar á sus orgullosos enemigos.

Antes de que partiera la expedicion, publicó Cortés un código, que le llamó Ordenanzas del ejército, demasiado notable para pasarlo en silencio. En el preámbulo asienta, que en todas las instituciones divinas y humanas, y para que estas últimas sean útiles, es lo primero cuidar del orden. Decia, que los historiadores antiguos enseñan que los grandes capitanes de los tiempos pasados debieron sus victorias á la sabiduría de sus ordenanzas, tanto como á su valor y virtudes: que la situacion de los españoles exigia imperiosamente tal código, porque estaban reducidos á un corto número, y rodeados de innumerables enemigos, diestros en el manejo de las armas y expertos en el arte de la guerra. Recordaba despues al ejército, que la conversion de los infieles era la obra mas agradable á los ojos del Altísimo, y la que les ganaria su auxilio y proteccion. Advertia á cada soldado, que debia considerar la conversion como el primer objeto de la expedicion, sin el cual la guerra seria manifestamente injusta, y todo lo que en ella adquiriera un robo (15). Protestaba, en fin, solemnemente que el principal motivo que lo dirigia, era el deseo de sacar á los indios de las tinie-

(12) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 20.

(13) *Ibid.*, ubi supra.

(14) *Ibid.*, loc. cit.

(15) „Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrias á todos los naturales destas partes y reducirlos ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica: porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra seria injusta, y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitucion.” Ordenanzas militares, MS.

blas de la idolatría, y hacerlos participar de la luz de una fe mas pura, y despues de esto recobrar para su rey los dominios que de derecho le pertenecian (16).

Prohibian las ordenanzas blasfemar de Dios y de los santos, vicio mas frecuente entre los católicos que entre los protestantes, y que proviene acaso mas de la diversidad de temperamento que de la de religion, pues el clima ardiente donde prevalece el catolicismo, estimula á expresar las pasiones con mucha mas vehemencia (17).

Otro artículo vedaba el juego, al que los españoles de todas edades son singularmente adictos. Contemporizando Cortés con la irresistible propension nacional, lo autorizaba bajo ciertos límites; pero prohibia absolutamente el de dados (18). Despues seguian otros artículos contra las riñas y duelo, contra los insultos y sarcasmos, contra las rivalidades de una compañía con la otra; reglas todas muy convenientes para la mas perfecta disciplina de las tropas, tanto en campaña como en cuartel. Entre otros, habia un artículo que prohibia á los capitanes bajo pena de muerte, atacar al enemigo sin órden expresa; práctica que se habia advertido ser la mas perniciosa; pero muy frecuente, y que mostraba el

(16) „É desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo es hacer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fé é creencia; y despues por los sojuzgar é supeditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su sacra magestad, á quien jurídicamente el señorío de todas estas partes.” Ordenanzas militares, MS.

(17) „Ce n'est qu'en Espagne et en Italie,” dice el instruido historiador de las Repúblicas italianas, “qu'on rencontre cette habitude vicieuse, absolument inconnue aux peuples protestans, et qu'il ne faut point confondre avec les grossiers juremens que le peuple en tout pays mêle à ses discours. Dans tous les accès de colère des peuples du Midi, ils s'attaquent aux objets de leur culte, ils les menacent, et ils accablent de paroles outrageantes la Divinité elle-même, le Rédempteur ou ses saints.” Sismondi, Républiques Italiennes, cap. 126.

„Solo en España é Italia se encuentra esta viciosa costumbre, enteramente desconocida á los pueblos protestantes, y que es necesario no confundir con los groseros juramentos que el vulgo de todos los países mezcla en sus discursos. Los pueblos del Mediodía en todos los accesos de cólera atacan á los objetos de su culto, los amenazan y llenan de palabras injuriosas á la misma Divinidad, al Redentor ó á sus santos.”

(18) Lucio Marineo que presencié los funestos efectos de esta propension nacional de la corte de Castilla donde residia entonces, se desata contra ella en el duro apóstrofe que sigue. „El jugador es el que desea y procura la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su rey y señor, el que mata á su ánima, y la echa en el infierno: ¿y qué no hará el jugador que no avergüenza de perder sus dineros, de perder el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra, y perder finalmente la vida? Por lo cual como ya gran parte de los hombres siempre y donde quiera continuamente juegan, paréceme verdadera la opinion de aquellos que dicen *el infierno estar lleno de jugadores*.” Cosas memorables de Espagna, (ed. Sevilla, 1539,) fol. 165.

espíritu impetuoso y falto de verdadera subordinacion militar, de los esforzados caballeros que habian seguido las banderas de Cortés.

La última ordenanza prohibia á todo oficial ó soldado guardar para su propio uso ninguna parte del botin, ya fuera oro, plata ó piedras preciosas, ya plumajes, telas, esclavos ó cualquiera otra cosa, donde quiera y por quien quiera que fuese tomada, en el campo ó en la ciudad, y prevenia que se presentase al general, ó á la persona encargada de recibirla. La infraccion de esta ley se castigaba con pena de muerte y confiscacion de bienes. Tan severo edicto prueba que por mucho que influyeran en el conquistador los motivos espirituales, no era indiferente á los de la tierra (19).

No dejó que estas disposiciones quedasen solo escritas, pues á poco tiempo de promulgadas hizo un ejemplar con dos de sus esclavos, á quienes ahorcó por haber robado á los indios. Igual castigo sufrió un soldado por el mismo delito, aunque permitió que se le bajase de la horca antes de que estuviera enteramente ejecutada la sentencia. Bien conocia Cortés el carácter de sus compañeros, cuyo inquieto y turbulento espíritu era necesario reprimir con mano fuerte, bien que procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidación en que los habia puesto su situacion particular, los peligros y sufrimientos en que todos tenían igual parte, y el interés comun en la expedicion, habian creado una familiaridad entre los oficiales y el soldado, muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y liberales del general contribuian á alentar esta licencia, que él no contenia en circunstancias comunes, tal vez por considerarlo difícil ó impolítico, pues que ella era una especie de válvula de seguridad, por donde se evaporaba el espíritu de una licenciada soldadesca, que reprimida violentamente podia producir una sublevación; pero estaban claramente definidos los límites de su condescendencia, y toda tentativa de traspasarlos ó violar las leyes establecidas del campo, traia sobre el delincuente un seguro y pronto castigo. De esta manera templando la severidad con la indulgencia, encubria bajo los modales abiertos de un soldado, una voluntad inflexible, y logró adquirir sobre sus atrevidos y audaces aventureros, el influjo que jamas hubiera podido ganar uno de esos gefes pedantes, demasiado escrupulosos en velar por el cumplimiento de las mas despreciables minuciosidades de la disciplina militar.

Las ordenanzas, aunque tienen la fecha de 22 de diciembre, se promulgaron el 26. Dos dias despues estaban en marcha las tropas, y puesto Cortés á su cabeza, con bandera desplegada y tambor batiente, atravesaron las puertas de la capital republicana que tan generosamente las recibió cuando los perseguia la desgracia, y que por la segunda vez les habia proporcionado los medios de llevar al cabo su grandiosa empresa. Toda la poblacion de la ciudad, hombres, mu-

(19) Herrera, Solís, Clavijero y otros hablan de estas ordenanzas; pero con una inexactitud tan palpable, que es claro que no vieron las originales. La copia que yo tengo está sacada de la coleccion de Muñoz; y como este documento, aunque curioso y sumamente interesante, jamás se ha publicado, lo inserto íntegro en el Apéndice, parte 2, número 13.

geres y niños, venia tras del ejército, dando el último adiós á sus compatriotas, y rogando á los dioses coronaran de victoria sus armas. No obstante el gran número de tropas reunido por los indios aliados, solo permitió Cortés que una pequeña parte de ellas le acompañase. Determinó fijar su cuartel general en un punto inmediato al lago de Tezcucuo, desde donde pudiera hostilizar á la capital azteca, subyugando los lugares vecinos, privándola de recursos, y poniéndola así en estado de sitio (20). Resolvió no atacar la misma ciudad, hasta que llegando los bergantines, pudiera hacerse con mayores ventajas. Entre tanto no quiso embarazarse con una multitud inútil de tropas que seria difícil mantener, y prefirió dejarlas en Tlascala para que llevaran los buques cuando estuviesen concluidos, y le ayudasen entonces en sus operaciones.

Tres caminos habia por donde podia penetrar Cortés al valle. Eligió el mas dificultoso, atravesando la elevada sierra que divide la mesa oriental de la occidental, tan escarpada y llena de precipicios, que casi no era posible que marchara el ejército. Juiciosamente creyó que menos le hostilizaria el enemigo por este camino, pues confiaria en la aspereza misma del terreno.

El primer dia caminaron las tropas cinco ó seis leguas, yendo Cortés en la vanguardia á la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tetzmellocan, situado en la base de la cadena de montañas que atraviesa el país, y que toca por su extremidad meridional con el gigantesco Iztacihuatl ó „Muger blanca,” cubierta de perpetua nieve (21). Hallaron en esta aldea una acogida amistosa, y la mañana siguiente comenzaron á subir la sierra.

Era el camino pendiente y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas crecian en él, y los torrentes del invierno habian abierto zanjas tan profundas que impedian el paso á la artillería, mientras que los troncos de los árboles atravesados en el camino lo hacian igualmente impracticable para la caballería. Al paso que subian era el frio mas penetrante, y hacia mucha mas impresion á los españoles acostumbrados ya á un clima cálido, ó por lo menos templado; aunque la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacia resistirlo mas fácilmente. La única vegetacion que se veia en estas elevadas regiones era el pino, cuyos oscuros bosques revestian las faldas de la montaña, hasta que poco á poco iban desapareciendo. Era ya noche cuando los cansados españoles llegaron á la escarpada cumbre de la sierra, donde sin pérdida de

(20) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 20.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 127. El primero dice que los aliados eran 80.000; el último, que 10.000. ¿Quién sabe?

(21) Esta montaña, que con su compañera Popocatepetl, forma la gran barrera que pudiera llamarse Columnas de Hércules del valle mejicano, ha sido ingeniosamente comparada por su larga cresta al lomo de un dromedario. (Tudor.) Se eleva sobre los límites que tienen las nieves perpetuas en los trópicos, y su enorme cresta y faldas cubiertas de una vestidura plateada, forman uno de los objetos mas hermosos del magnífico espectáculo que se ofrece á la vista de los habitantes de la capital.



D. Fernando el católico.

tiempo encendieron luminarias; y andando alrededor de sus tiendas consiguieron calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana estaban ya las tropas en movimiento. Dijose misa, y comenzaron la bajada, mucho mas difícil y penosa que la subida del día anterior, pues además de los obstáculos naturales del camino, encontraron en él enormes troncos de árbol puestos de intento por los nativos. Mandó Cortés á un destacamento de tropa ligera que lo desembarazase, y siguió el ejército su marcha, aunque temiendo siempre que tuviese el enemigo preparada una emboscada para sorprenderlo en lo mas intrincado del camino. Marchaban, pues, los españoles con precaucion, no apartando la vista de lo mas obscuro de los bosques donde podía estar oculto su feroz enemigo. Pero no veían á ningun ser viviente, excepto los animales selváticos que los habitaban, y las parvadas de sopilotes, (buitres de aquel país,) que en espera del sangriento banquete volaban sobre el ejército como una legion de espíritus malignos. Al bajar experimentaron un sensible y muy agradable cambio de temperatura. La vegetacion mudó tambien de aspecto, y al fúnebre pino que había sido su único compañero, sucedió la elevada encina, el sicómoro, y un poco mas abajo el pimiento, cuyos frutos de color rojo se mezclaban con el oscuro follaje de las selvas, mientras que en las barrancas se veía el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos ostentándose sobre las ramas, hacían conocer un clima mas suave y mas fértil.

Por fin salió el ejército á una llanura donde la vista libre de los bosques ó collados podía girar por toda la extension del valle de Méjico. Véíase este, bañado por los rayos del sol poniente extenderse como descansando en los brazos de los gigantescos montes, que como una falanxe de genios protectores lo rodeaban por todas partes. Aquel magnífico espectáculo, nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los mismos veteranos de Cortés no pudieron contener su admiracion, no obstante que fué seguido de un amargo pesar al recordar los padecimientos que habían sufrido en estos hermosos, pero traidores sitios. „Hízonos conocer,” dice el valiente conquistador en sus cartas, “que no teníamos que elegir sino entre la victoria ó la muerte, y una vez resueltos, marchamos con ligero paso, como si fuéramos á hacer un placentero viaje” (22).

Conforme avanzaban los españoles veían arder en la cumbre de los montes luminarias, que probaban que todo el país estaba ya alarmado, y sus habitantes reunidos para oponérseles. Previno el general á sus soldados no se olvidasen de su alta fama, y encargóles marchasen juntos y en buen orden obedeciendo exactamente los mandatos de sus oficiales (23). Cada vez que daban vuelta á

(22) „Y prometimos todos de nunca de ella salir, sin victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres, como si fuéramos á cosa de mucho placer.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 188.

(23) „Y yo torné á rogar, y encomendar mucho á los españoles, que hiciesen, como siempre habían hecho, y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase, y que fuesen con mucho concierto, y orden por su camino.” Ibid., ubi supra.